

Un San Vicente Ferrer inédito y posiblemente del pintor Jerónimo Jacinto de Espinosa en Orihuela

M.^ª CRUZ LÓPEZ MARTÍNEZ

SUMMARY

In the enclosed zone of the convent of the «Madres Dominicanas de la Santísima Trinidad» [Dominican Mothers of the Holy Trinity], in Orihuela (Alicante), there is a painting of Saint Vicente Ferrer which may be attributed to the Valencian painter Jeronimo Jacinto de Espinosa, on the basis of its stylistic features, high pictorial quality and relations of the artist with the religious order —because of which the works of the painter might be spread along the Spanish Levant —.

Sobre Jerónimo Jacinto de Espinosa abundan las noticias de su vida y obra, pero quedan algunas lagunas en su cronología manteniéndose incógnitos aspectos de su formación. Nació en Cocentaina y fue bautizado el 20 de julio de 1600, siendo el tercero de los hijos del pintor Jerónimo Rodríguez de Espinosa y Aldonza Lleó. Después tuvieron en la misma villa tres hijos más ¹. Su padre muy relacionado con la ciudad de Valencia acabó trasladándose a ella en 1612, no conociéndose con certeza la fecha.

Los comienzos de Jerónimo Jacinto en la pintura es lógico que fueran en el taller de su padre. Sus primeras noticias aparecen el 29 de octubre de 1616 al inscribirse con 17 años en el recién inaugurado Colegio de Pintores de Valencia². Desde estas fechas hasta 1622 no se

1 TRAMOYERES BLASCO, Luis: «El pintor Jerónimo Jacinto de Espinosa» A.A.V., 1917, págs. 127-141 y 1916, págs. 3-15.

2 «Un Colegio de Pintores en Valencia» Archivo de investigaciones Históricas, año I, 1911, tomo II, n.º 4, págs. 227-314; n.º 5, págs. 446-462; n.º 6, págs. 514-536.

tienen datos de él, cuando se le conoce viviendo con sus padres y hermanos en Valencia. El 24 de abril de 1622 contrajo matrimonio con Jerónima de Castro en la misma ciudad, según cuando al año siguiente nació su primer hijo³. A partir de 1623 comienza a fecharse toda su producción artística, siendo más floreciente desde 1628 por la muerte de los dos Ribaltas. Desde entonces, libre ya de competencias, llegó a ser el más importante pintor local durante más de treinta años y de esta forma empezaría a introducirse entre la clientela aristocrática y religiosa valenciana. Desde la muerte de su madre en 1638 hasta la epidemia de peste de 1646-47, nada se sabe de su vida, como así lo ha resaltado el profesor A. E. Pérez Sánchez⁴. Por ello se le ha supuesto, con razón, en Madrid y relacionándose con Velázquez e incluso en Sevilla donde conocería a Zurbarán. Ahora nos atrevemos a añadir otra hipótesis, la que J. J. de Espinosa se estuviera moviendo por todo el reino de Valencia durante estas fechas inciertas y que hasta llegase a recalar por un tiempo por la Vega Baja, entre las ciudades de Orihuela y Murcia. Aunque se trate de una mera conjetura, pues carecemos de documentación escrita para afirmarlo, no por ello podría ser menos posible que las anteriores. Nos atrevemos a tal afirmación apoyándose en la existencia de varios cuadros a él atribuidos en los inventarios del siglo XVII de la ciudad de Murcia⁵, donde aún existe todavía hoy uno, firmado de su mano que figuró en la reciente exposición de «Murcia Barroca»⁶. Ante tales cuadros localizados en la capital murciana, parecía muy raro que no hubiese aparecido ningún vestigio de este pintor en la ciudad de Orihuela, que era la cabeza de una gobernación del Reino de Valencia.

El cuadro que aquí queremos presentar es un «San Vicente Ferrer», en óleo sobre lienzo de 121 × 95 cms. (ver fig. 1), que se encuentra en el Monasterio de la Santísima Trinidad, procedente del antiguo Convento de Santa Lucía de Madres Dominicas de la ciudad de Orihuela. Es una obra inédita por hallarse siempre en clausura. Lleva marco de época y el estilo de la pintura y las semejanzas con otros cuadros del mismo autor nos hacen pensar que pudiera ser de Espinosa. Esta representación del santo dominico tiene todos los rasgos de otros de igual tipología del mismo autor existentes en Valencia, como el que se encuentra en el Ayuntamiento de dicha ciudad (ver fig. 2), que es un modelo algo más joven. Son tan semejantes que sólo algunos insignificantes detalles del atuendo los diferencian. Así, la juventud del de Valencia frente a la patente madurez del de Orihuela. La iconografía que ambos presentan parece haber permanecido invariable desde el inicio casi de esta representación, ya con la escuela juanesca.

Casi siempre, iconográficamente, este santo dominico se venía representando de cuerpo entero pero, en este caso la figura es de medio cuerpo, con el brazo derecho extendido hacia arriba y señalando con su dedo índice un rótulo que hay sobre su cabeza, con una inscripción o leyenda en su interior, en la que se lee: «*TIMETE DEVM ET DATE ILLI HONOREM GVDICEM*» . [*temed a Dios y darle honor, porque la hora del Juicio se acerca.*] Esto

3 «El final de una familia de pintores: Jacinto de Espinosa y de Castro» A.A.V., 1916, págs. 121-140.

4 PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso Emilio: «Jerónimo Jacinto de Espinosa» Madrid, C.S.I. 1972, págs. 68 y ss.

5 Así sucede en el inventario «post-mortem» de D. Gaspar A. de Oca Zuñiga y Sarmiento en 1706. LÓPEZ JIMÉNEZ, J. C.: «Sobre pinturas varias, una escultura y el Testamento de Orrete» A.A.V. 1959, págs. 62 y 55.

6 AGÜERA ROS, José Carlos: «La pintura y los pintores de la ciudad de Murcia en el S. XVII» Murcia. Universidad, 1989. Ed. microfilmada. «Catálogo de pintura: «San Pedro Nolasco intercediendo por sus frailes ante Cristo y la Virgen María», de J. J. de Espinosa»). En el Catálogo de la exposición, «Murcia Barroca», Murcia. Ayuntamiento, 1990, n.º 6, págs. 126-129.

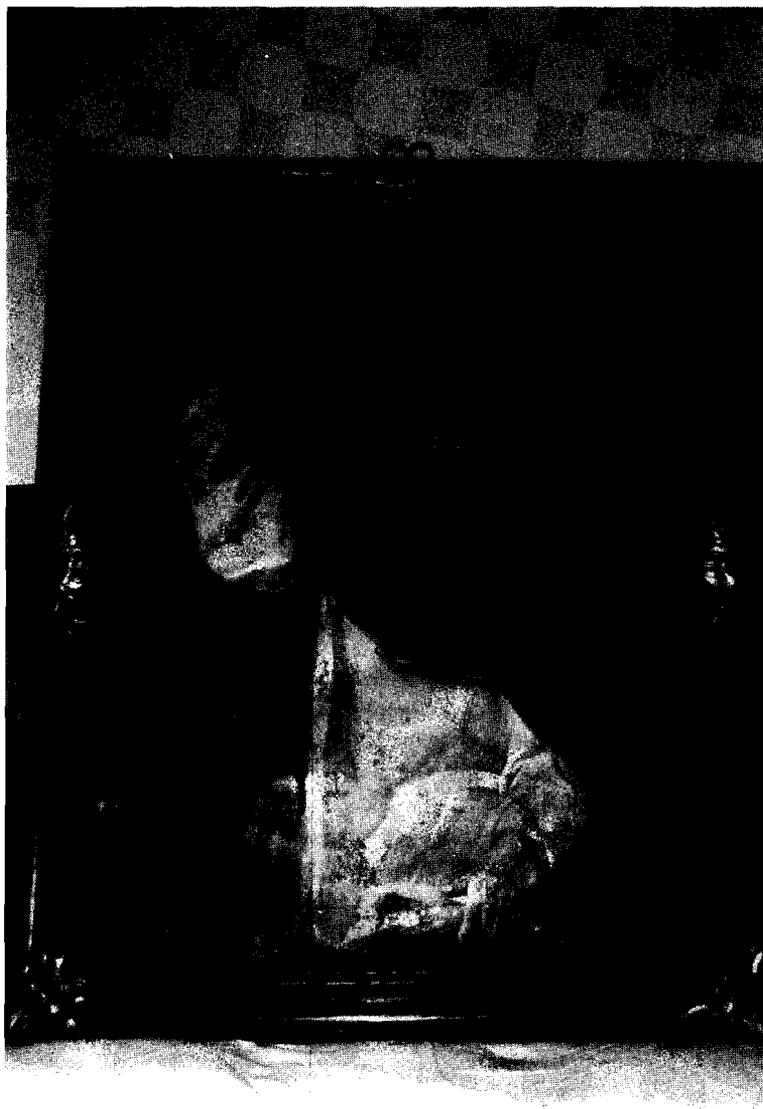


Figura 1. «San Vicente Ferrer» del Convento de Madres Dominicas de Orihuela

responde a un milagro que obró el santo en Salamanca, en el monte Olivete, donde predicaba como siempre el tema del Juicio Final, sobre el versículo del Apocalipsis de San Juan: «Que un ángel iba por el cielo gritando: ;Temed a Dios y darle honor, porque la hora del Juicio está cercana»), a lo que procedió la exclamación del Santo: ;Tan cierto es Hermano, que el Juicio está cercano, que habéis de saber que yo soy ese mismo ángel del Apocalipsis. Y de mí se escribieron esas palabras. —la gente quedó extrañada, y San Vicente obró el milagro de hacer hablar a una muerta, a la que le preguntó: «En nombre de Dios te ordeno

que te levantes y me digas ¿Es verdad que soy yo el ángel del Apocalipsis que vio San Juan?, a lo que ella contestó: Sí es verdad ⁷.

Dentro del tratamiento tanto pictórico como iconográfico del San Vicente de Valencia y el de Orihuela hay diferencias: la mano derecha del de Orihuela señala el rótulo con mayor nobleza, y a la vez con más fuerza que el primero, ya que su brazo aparece menos rígido y ligeramente flexionando. El nuestro indica ese rótulo con el dedo no extendido sino doblándolo un poco, con un gesto de la mano mostrándonos la palma en vez de su dorso. Con su mano izquierda sujeta férreamente el libro de las Sagradas Escrituras, signo de su continua e incansable predicación, dentro y fuera de nuestras fronteras, como digno representante de la Orden de Predicadores.

El lienzo de Orihuela tiene una gran fuerza expresiva, algo menor en el de Valencia, que muestra una actitud más rígida. El que presentamos tiene una altísima calidad, tanto en su mirada intensa como en la chisporroteante viveza que desprenden sus ojos. El rostro aparece completamente iluminado por el halo de santidad que parece emanar de toda la figura. Hay una gran carga de fuerza y genio de carácter en ese brazo alzado, así como en la energía y tensión con la que sujeta el Libro Sagrado. Esa intensa carga se refleja igualmente en la hinchazón de las venas y de las sienas. También hay un cierto detallismo, levemente suntuario, en la delicada puntilla y sencilla abotonadura de la camisa que asoma bajo las amplias mangas de su hábito. El modo de trabajar los colores, unido a los contrastes de luces y sombras superan todo lo anterior. El colorido del hábito bicolor de la Orden se compone de túnica y escapulario blanco, como signo de pureza que debía guardar y el negro de la capa como la penitencia a la que se obligaba durante toda su vida. Estos contrastes se acentúan con la luz que irradia frente al fondo oscuro y el blanco luminoso del hábito, que evoca el eco de Zurbarán, así como los conseguidos en los pliegues de sus mangas. Incluso el rostro contribuye a intensificar esos contrastes, a la vista la cabellera encanecida por la madurez del modelo.

La documentación existente sobre la procedencia del cuadro es nula. Tan sólo nos queda la tradición oral de las hermanas más ancianas que vivieron en el antiguo convento de Sta. Lucía, las cuales afirman que este lienzo se encontraba en la Sala de Profundis. Pero el hallazgo de unos documentos recogidos por la madre superiora entre los años 39-40, haciendo recuento de los objetos que existían antes de la guerra y los desaparecidos tras ella, cita este entre los salvados y rescatados como: «*Un San Vicente Ferrer de lienzo y además valorado en 5.000 ptas. junto con el retablo del Martirio de la gloriosa Sta. Lucía V. M. en madera, que ahora para mejor conservarlo lo tienen en el Palacio*» ⁸. Al respecto, también hemos encontrado unos datos que bien pueden coincidir con este mismo cuadro, en el Inventario del Museo de Guerra realizado por Justo García Soriano, donde con el n.º 498 catalogaba un «*San Vicente Ferrer*». *Óleo en lienzo bastante deteriorado. Anónimo. S. XVII. Dimensiones 1,25 m x 0,98 m. Procede del Palacio de los C. de los Cheles* ⁹.

7 GALDUF BLASCO, Vicente. O. P.: «Vida de San Vicente Ferrer» Juan Flors, Editor. Barcelona. 1961. R. P. FR. H. FAGES, O. P.: «Historia de San Vicente Ferrer». 2.ª Ed. francesa la original. Traducida por A. Polo con ilustraciones, mapas y grabados. Tomo I. A. García, Editor. Valencia. 1903.

8 MEDINA FERRÁNDIZ, Sor María: ((Crónicas del Convento de Sta. Lucía. Manuscrito del inventario de los bienes muebles existentes con anterioridad y posterioridad a la Guerra Civil. Manuscrito fragmentario, págs. 4-5. Orihuela. 1940.

9 GARCÍA SORIANO, Justo: «El Museo de Orihuela». Valencia, Junta Central del tesoro artístico. 1937, 16 págs.



Figura 2. *San Vicente Ferrer procedente del Ayuntamiento de Valencia. J. J. Espinosa.*

Todo lo expuesto no termina de aclarar, sin embargo, la presencia de tal pieza en el convento de religiosas. Pero la existencia en Orihuela de otro cenobio de la misma orden de mucha mayor importancia en el Colegio y Convento de Padres Dominicos de Santo Domingo con rango de Universidad, donde había una amplísima colección pictórica cuya pieza fundamental era «La Tentación de Santo Tomás» de Velázquez, aún hoy en el Museo Diocesano de la ciudad, podría llevar asimismo a pensar en una procedencia del cuadro del Colegio Sto. Domingo. Por ello también cabría suponer que nuestro lienzo de San Vicente tras la exclaustación de los dominicos perteneciese a aquel y que fuese llevado, como tantos otros objetos de valor de los que tenemos constancia, al convento tan próximo de Sta. Lucía de sus hermanas de religión, incendiado en la guerra. Es sabida la fama de Espinosa entre los

dominicos de Valencia que conocían bien su arte y con los que además mantenía una amplia vinculación religiosa, por su profunda fe en los santos de la Orden. Así lo recogía Trarnoyeres en el relato de la enfermedad del artista entre los años 1646-47, *al narrar que al aparecersele durante la misma los santos dominicos Santo Domingo y San Luis Beltrán, ofreció a cambio de la curación pintarles un retablo, que realizó tras sanar*¹⁰. Considerando todo esto, parece posible que por la lógica relación entre los conventos de la Orden también los frailes del no menos importante de Orihuela, siguiendo al de Valencia para el que tanto había trabajado, pudieron encargarle este lienzo. Así, de no ser entonces comisionado por las monjas cabría la posibilidad de un encargo por parte de los Padres del prestigioso Colegio.

En la actualidad este cuadro se encuentra en clausura, en condiciones deplorables, con grandes desprendimientos de óleo en su mayor parte, alabeos del lienzo y con un alto grado de oxidación de los colores, que dificultan apreciar el alto y rico contraste de luces y cromatismos, así como la inscripción del rótulo superior. El marco es de época y decorado con florones a modo de cartelas, faltándole dos de ellas, todo él afectado por xilófagos. La obra por su calidad y valor requiere y merece una rápida y urgente restauración, más sí se acepta que pertenezca a la mano de J. J. de Espinosa, lo que de confirmarse la situaría en su última época, momento de mayor calidad artística. En caso contrario tampoco ello afectaría a la revalorización del cuadro, ya que presenta una gran calidad tanto expresiva como colorista, aún considerándose anónima.

10 Ver TRAMOYERES (1).